

## Notas sobre Horacio Quiroga

El cuento, disciplina literaria de difícil realización, tiene en tierras de América una figura de verdadera jerarquía artística; una figura que, por la excelencia de la forma, el asunto y el estilo, es un valor indiscutible. Es Horacio Quiroga, nuestro grande, fuerte y noble Horacio Quiroga, "el asceta de sobrada dulzura", como lo llamó Amorim.

Había nacido en el Salto, ciudad uruguaya, el 31 de diciembre de 1879, y tras un largo y penoso sufrir, sin pausa ni sosiego, una dosis de veneno hizo en él la noche definitiva, el 19 de febrero de 1937, en nuestra turbulenta Buenos Aires. Quiroga era un hombre magro, enjuto, de frente amplia y barba en punta; un hombre raro, acaso solitario, reservado, avaro de sí mismo; un hombre de intensa y atormentada vida interior, que vivió siempre como ajeno al "mundanal ruido" subyugado por el espejismo de aquella "tierra roja" que hollaron los jesuitas... Fidelísima e implacable la Fatalidad le acompañó desde las horas de la infancia, y por ella sus páginas, ardidadas de voces misteriosas, están saturadas de fatalismo.

Pasó sus años de adolescencia en Salto, donde comenzara a borrar cuartillas, y luego se radicó en Montevideo, escenario de su bohemia y de sus luchas. Sus primeras producciones, publicadas en revistas y diarios de la ciudad capital, levantaron protestas sin número entre las gentes de pluma en ristre. Pron-

to, un premio alcanzado en un concurso de cuentos, dió verdadera popularidad a aquel intransigente soñador del "Consistorio del Gay Saber" —torre de marfil de un grupo de soñadores—, y su nombre comenzó a imponerse. A poco de esto, y ya en Buenos Aires, dió a conocer su primer libro, un volumen de prosa y verso que tituló *Los arrecifes de coral*, libro donde, si hay originalidad y belleza en la prosa, el verso se muestra extravagante a fuerza de ser rebuscado.

Era allá por el año 1900. Quiroga tenía entonces poco más de veinte años y había en él una mezcla de simbolista y parnasiano. Integraba el grupo porteño de los "decadentes", espíritus juveniles, "trasnochados, románticos y bohemios, que luchaban en defensa de Eros, atormentándose a sí mismos". Y fruto natural de esa nora y de ese ambiente, son *Los arrecifes de coral*, hermanados a los sonetos de Herrera y Reissig y a *Los crepúsculos del jardín*, de nuestro magnífico Lugones. Frente a este libro inicial de Quiroga, la crítica dividió sus opiniones: mientras unos lo señalaban como un acontecimiento extraordinario y de trascendencia para las letras del Río de la Plata, otros, abiertamente inconformes con su ideario poético, sin ninguna cortapisa desmenuzaron sus páginas señalando deficiencias... Pero conviene repetir que fué con este "mosaico" demasiado lírico con el que Horacio Quiroga entró en el mundo de la literatura.

Tras de *Los arrecifes de coral*, Quiroga se entregó por entero a la producción en prosa. Andanzas y años maduran su espíritu, dándole fuerza y sensatez, y el escritor que vive en él se afirma en su arte. Vigoriza y pule su estilo, trabaja con fervor sus páginas, sus palabras cobran sonoridad, y sus producciones adquieren pureza y calidez. Sus primeros cuentos muestran ya su "garra" de narrador y su indiscutible habilidad en la concepción de la trama, cosas que muy pronto han de señalarlo como el maestro de la narración breve en la literatura iberoamericana. Repetidamente se ha hablado del "parentesco espiritual" de este escritor

nuestro —nuestro por su fuerte y auténtica americanidad— con las figuras de Edgar Poe, Kipling, Chekoff, Maupassant y algún otro cuentista de nombradía universal. Pero si bien Quiroga admiró a estos maestros, no fué en realidad discípulo de ninguno, porque su talento, su originalidad y su estilo le imponían un rumbo nuevo, absolutamente personal. Admiró mucho a Poe, que en alguna época llegó a dominarle perturbándole, según propia confesión, y a Kipling también; y acaso fuera su grande simpatía por el autor de *El libro de las tierras vírgenes*, quien lo llevó un día a Misiones, tierra fabulosa llena de historias y leyendas, en su deseo hondo de “encontrarse”, tierra donde muy pronto había de alzarse como el señor de la selva misionera, la selva americana de *La vorágine*.

Viéndole partir del cenáculo porteño, se dijo entonces que llevaba una hacha para abrir una “picada” y mostrar el drama de la selva virgen, “donde las hadas de otrora se habían vuelto carníceras como los pumas, y las plantas ofrecían sus flores a los insectos, como sepulcros perfumados”...

Quiroga se estableció en Misiones, en San Ignacio. Allí vivió muchos años, atento al rumor de las cataratas y bajo la fascinación irresistible y turbadora del bosque lujurioso y su fauna desconocida; allí recogió las leyendas de las ruinas seculares, que la selva iba arrollando sin piedad ni miedo, y se encontró a sí mismo encontrando “ese ambiente natural” en que su alma primitiva quería sumergirse. Allí vivió el mundo maravilloso y sugestivo de la selva; de la selva poblada de voces ignoradas, de pausas consternadoras y de silencios tajantes. De la selva sádica y virgen que procura la alucinación del peligro próximo; de esa selva de *La vorágine* donde, como escribe Rivera, “los sentimientos equivocan sus facultades: el ojo siente; la espalda ve; la nariz explora; las piernas calculan, y la sangre y el corazón y el cerebro gritan desesperadamente; ¡Huyamos!”...

Y fué en ese mundo nuevo donde nacieron sus creaciones más estupendas. En San Ignacio aquel derviche alucinado al-

zó su tienda en la barranca, frente al río inmenso. El mismo construyó su casa, fabricó sus muebles, preparó todo lo que exigía una existencia de trabajo, de combate, de alucinación y de fiebre. En aquellos días suyos, la pluma y el hacha llenaron sus horas mejores; en innúmeras cuartillas cantó la pluma el drama vivo de la selva, mientras el hacha se hundía en los troncos para abrir la "picada"... Quiroga vivió allí y así. Recorría, infatigable y solo, los vericuetos de los ríos; interrogaba curioso las piedras milenarias; dialogaba con las víboras, los pumas y los lagartos, como hipnotizándolos para descubrir su esencia animica; aspiraba a pleno pulmón la grandeza sobrecogedora del paisaje selvático; seguía con su mirada azul, tranquila y honda, el vuelo pesado de los insectos, y muchas veces, en su deambular por todos los senderos, deteníase a conversar con las gentes sencillas y humildes del lugar, deslumbradas, como él mismo, por el espejismo del trópico. Allí y así vivió su vida. Una vida recia dentro de la selva, auscultando en su rumor acechante y terrible el latido del mundo. Se había impuesto una existencia dura, bravía, llena de riesgos y de sorpresas, entre esa maraña misionera, con sus pájaros músicos, sus mariposas multicolores, el rugido de las fieras y el escalofriante silbido de la "anaconda", reina de las serpientes, la que "arrastra" tras de sí casi diez metros de cuerpo oscuro y elástico"...

Un amigo mío —una de esas "amistades sin semblante" que con tanto entusiasmo elogia Valéry—, a poco de la muerte de Quiroga me escribió desde San Ignacio: "Quiroga era un hombre raro; un poco áspero, sin ser huraño. Todo él estaba hecho de fragmentos dislocados y toscos. Era la naturaleza sin afeites ni artificios. Tenía los dedos nerviosos y acerados como garras; las piernas ágiles; la mirada con fulgores hipnotizantes de serpiente; la barba hirsuta de fauno, el rostro anguloso y tallado en ocre pedernal; y como único atributo de la vida civilizada y melindrosa, un overol manchado de grasa, pintura, tierra y agua, una rústica visera fabricada por él mismo, y unos zapatos clá-

veteados que habían perdido la cuenta de su edad. Así lo veíamos cruzar todos los días estas calles sangrientas de San Ignacio, en su *forcito* destartalado y sin capota; y así se le vió pasar antes, jinete en su fantástica motocicleta, rebotando en las piedras y los troncos de las "picadas" hostiles. Y así se le veía siempre en su lanchita, desafiando confiado y alegre las rápidas peligrosísimas del Paraná, solo, duro, tosco, primitivo. Era un hombre a quien la naturaleza, por un raro fenómeno, le había dado sus luces, pero no su espíritu. Pero dentro de esa figura de visionario barbado, ardía con ardor intenso una llama divina."

Y en verdad que el hechicero de Misiones, en la trama de cuyos cuentos se echaron a rodar por los cuatro rumbos del mundo la selva, las serpientes, las rayas del Yabebirí, los coa-tíes, los yacarés, el puma y los pájaros, escondía un alma dulce, delicada, serena. . . Tenía cálidas ternuras de madre para con sus hijos, y amaba a los niños con amor intenso y hondo. Y movido por ese amor Quiroga escribió para los niños sus mejores narraciones, sus *Cuentos de la selva*, apretado manojito de relatos de fieras, con que, en las noches deslumbrantes de San Ignacio, adormecía a sus pequeños. . .

Misiones lo inquietó primero; lo sedujo más tarde y lo apasionó totalmente en definitiva haciéndolo suyo en espíritu y materia. El veneno sutilísimo y embrujador de aquel ambiente tropical gravitó sobre su vida, y, por lógica, sobre sus páginas. A su libro veinteañero —que fué por lo demás una de las últimas expresiones del decadentismo novecentista en el Plata— Quiroga agregó volúmenes de más envergadura y de una nueva tendencia. Primero, *El crimen del otro*, donde es fácil advertir, en el realista dramático que hay en Quiroga, la influencia de aquel gran atormentado que fué Poe; en seguida, *Historia de un amor turbio*, su única novela, acaso autobiográfica, donde los personajes se desenvuelven en un ambiente poemático; después, *Los perseguidos*, relatos con fuertes aletazos de tragedia; y a poco de este libro, *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, donde, atraído

por los temas extraordinarios y los fenómenos anormales, describe estados morbosos y vericuetos escalofriantes de la psicología humana, reveladores de la agudeza y la potencia de su temperamento.

Pero aquellos años pasados en Misiones dieron a su producción un matiz nuevo, liberándola del tema extravagante, patológico y atroz. Quiroga mismo lo reconoce cuando afirma que "lo que más lo enorgullece de esa vida en Misiones, tierra de plantíos y de obrajes aplastada por el sol, minada de víboras, cubierta de bosques y minada de ríos, fueron sus correrías en el bosque, donde tenía que arreglárselas solo", y que son las narraciones del bosque las que le agradan más. . . . Es allá donde aparece otro Quiroga, el Quiroga de *Anaconda*, *El salvaje*, *El desierto*, *Los desterrados* libros donde, si el estilo es el mismo, acerado y firme, la temática y el ambiente son nuevos. Aquí está el Quiroga de la selva en toda su pujanza; el cantor de aquella tierra áspera y fecunda, de empresarios y mensús; ahora Misiones, los obrajes, el bosque y la fauna se incorporan para siempre a su literatura. Así surge el narrador admirable, el cuentista de garra, el escritor de fibra, hábil, pujante, fuerte, personalísimo. En síntesis, el maestro. El escritor subjetivo de *Historia de un amor turbio*, es ahora un magnífico pintor de panoramas. Nada escapa a su pupila penetrante, sagaz, observadora. Y sus cuentos, como él lo quisiera, "tienen una sola línea, trazada por una mano sin temblor del principio al fin".

Poco antes de su trágica muerte apareció *Más allá*, su último libro. Con él Quiroga retorna a las narraciones de su hora inicial, cuando sufría aquel confesado dominio desconcertante del autor de las *Historias extraordinarias*. Amor, locura y muerte, son los temas de *Más allá*, libro donde, excepción hecha del cuento que se titula "El hijo", que es, a pesar de su terrible desolación, como "un poema de amor y ternura paternal", ninguna narración nos muestra al cuentista maravilloso de la selva. A pesar de todo, la vida de Horacio Quiroga fué la del verdadero artista.

Sintió como los grandes “que la misión del escritor está adecuada a la vida misma, como el agua del río a su propio cauce”, y cumplió su destino. Amó la palabra, que es el lenguaje del mundo, y supo decir con su palabra sonora, viril y profunda, el drama tremante de la selva. Por eso cada página suya es un vivo documento humano. “Lo único que podría darme la sensación de la gloria o la popularidad —dijo alguna vez recordando a Kipling y a Bernard Shaw—, es llegar a verme citado tan sólo con mis iniciales”. Y agregó en seguida con amarga burla: “Pero para ello es preciso escribir mejores cuentos”. Tras esa dolorosa ironía, Quiroga escondía con temor de niño su afán de ser, y de lograr entre sus manos enflaquecidas, nerviosas y fuertes, la estrella de sus sueños. . .

Con su muerte, tan inesperada como increíble, América ha perdido uno de sus narradores excepcionales, perdiéndolo al paso la literatura universal. Ahora aquel maestro, tímido y temerario a la vez, que en su refugio de San Ignacio vivió atraído por el sortilegio de la selva virgen y las ruinas seculares; aquel visionario de rostro enjuto y mirada hipnotizante, que heredó su espíritu con el alma de esa tierra extraña y ardida, de la selva, de las víboras de terciopelo y las flores maravillosas, el río inmenso, los pájaros y el tigre. . . ; ahora aquel “asceta de sobrada dulzura”, como le llamo Amorim, está en la muerte. Duerme en el seno de su terruño nativo, oloroso de azahares, en una urna que en tronco misionero labró, con unción de hermano y de artista, la mano descarnada y fuerte de Estefan Eriza. Y un poeta de Buenos Aires, que amó y comprendió al maestro como sólo el poeta puede comprender y amar, dijo adiós a sus cenizas con estos versos que volaron a la estrella donde tiembla el alma del visionario maravilloso:

Hé aquí las cenizas, oh Salto, de tu hijo:  
De ti salió y es justo y natural que vuelva.  
El corazón de un árbol ya es su eterno cobijo:  
El silencio, la sombra y el pavor de la selva.

